

**REFLEXIONES GENERALES EN TORNO A LA
CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL "GÉNERO FEMENINO":
IMPLICACIONES PARA LA PRÁCTICA
PSICOTERAPÉUTICA CON MUJERES MALTRATADAS
PROCESO DE PSICOTERAPIA CON MUJERES
MALTRATADAS***

Otomie Vale Nieves

Para poder abordar el tema del proceso de psicoterapia con mujeres maltratadas¹ debemos hacer unas consideraciones preliminares de orden teórico que entendemos son de gran pertinencia y relevancia.

Partimos del supuesto fundamental de que los seres humanos nos "hacemos" (construimos/reconstruimos) al interior del orden social al que pertenecemos. Al hablar de la actividad social nos referimos a la producción social y a las condiciones necesarias para ello. Esto incluye la reproducción de los seres humanos, el sistema de relaciones sociales que se establecen en el proceso de producción de bienes materiales, es decir, en las relaciones de producción (Marx 1955).

En esta afirmación se concibe al ser humano como un ente activo y no un mero reflejo de su entorno social. Es un paradigma en virtud del cual los fenómenos sociales se constituyen como producto de un proceso histórico (y transformable) y no como un evento natural (más difícil de transformar).

Sostenemos que las diferencias personal/sociales son un estorbo al momento de examinar la actividad de las personas al interior de un cuerpo social. Así, lo personal y lo social son inseparables (lo mismo ocurre con la escisión mente/cuerpo), produciéndose un intersección y un entrecruce difícil de escindir. Sobre este tema Sampson (1989) sostiene que la "realidad" de una persona no puede ser recogida o explicada partiendo de la escisión individuo/sociedad. Proponer

* Las ideas centrales de esta reflexión fueron presentadas en el Seminario **Violencia doméstica, sus víctimas y los agresores**. Auspiciado por la Comisión para los Asuntos de la Mujer y la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Ciencias Médicas, los días 7, 8, 21 y 22 de junio de 1990 en el Recinto de Ciencias Médicas de la Universidad de Puerto Rico.

¹ Debemos aclarar que en la mayoría de los casos el maltrato proviene del hombre. No utilizamos el concepto de violencia doméstica puesto que restringe el escenario de maltrato.

que no se trata de entidades separadas que de otra forma serán formados y definidos aparte uno del otro y que interactúan como si cada uno fuera externo al otro. Hay una interconexión e interproducción que no puede ser eludida.

Se han propuesto las prácticas discursivas, y sobre todo el lenguaje, como una de las herramientas más importantes para que dicha intersección se materialice, para que nos convirtamos en seres sociales. Actualmente son las corrientes que se inscriben dentro del constructivismo social las que destacan y problematizan la relación del lenguaje con la construcción de la subjetividad humana.

Estas nuevas corrientes no se limitan a explicar la complejidad del ser humano a partir de los procesos económicos exclusivamente, sino que añaden nuevos elementos de análisis tomados del cuerpo social tales como género y raza, entre otros. Estos no tienen que estar necesariamente subordinados al análisis de clase, aunque no se niega la importancia y pertinencia de este último.

Como sostiene Gergen (1985), quien se inscribe al interior del modelo constructivista social,² los términos como entendemos el mundo son artefactos sociales, producto de un intercambio entre personas históricamente situadas. De tal suerte que el proceso de entendimiento no se explica automáticamente, por fuerzas naturales ni por productos genéticos inexorables.

Así, para el constructivismo social el entorno social deja de ser una estructura fija, estática, para convertirse en una construcción histórica: la "realidad" se torna abierta, relativa, maleable y su pertinencia corresponderá en primer lugar al momento de su producción (Gergen 1985).

Dicha postura repercute también en el campo de la psicología y en particular del trabajo con mujeres maltratadas. En el caso de la psicología, como sostiene Kitsinger (1989), ésta ha conceptualizado la noción de identidad como propiedad exclusiva del sujeto, ligada y producida por éste en el contexto de sus necesidades personales. Plantea que dentro del nuevo escenario teórico se sugiere que dichos orígenes se han movido al contexto socio-cultural y político.

En lo que respecta al sujeto dentro de la psicología Wetherell y Potter (1989) proponen que las personas no son caracteres "naturales" sino que son actores capaces de desarmarse (dissembling). El individuo se fragmenta en una multiplicidad de identidades que posiblemente son discordantes. Esto supone la consideración de una "hechura" permanente del sujeto, en tanto se inscribe o resiste, en tanto sujeto social. Hablamos de una especie de articulación metamorfósica, del cambio permanente.

Por su parte, Foucault (1987) destaca que la noción de discontinuidad pasa a ocupar un espacio en las disciplinas históricas. Esta se enfrenta, confronta y emplaza la posibilidad de la totalización del modelo general de conciencia que

² Los movimientos feministas, como señala Gergen (1985), son los que comienzan un discurso constructivista en su análisis al examinar la carga sexista que acompañaba todo el movimiento empirista que servía de marco conceptual en ese momento.

adquiere, progresa y recuerda. Sostiene que esta nueva epistemología ha traído como consecuencia la individualización de series diferentes, que se yuxtaponen, se suceden, se encabalgan y se entrecruzan, sin que se les pueda reducir a un esquema lineal. Así, en lugar de aquella cronología continua de la razón, que se hacía remontar invariablemente al inaccesible origen, a su apertura fundadora, han aparecido unas escalas a veces breves, distantes las unas de las otras, rebeldes a una ley única, portadoras a menudo de un tipo de historia propia de cada una, e irreductibles.

En el campo del trabajo con mujeres nos encontramos con diversas corrientes y movimientos teóricos que proponen conceptualizar issues relacionados con éstas sin considerar sus componentes históricos. De esta forma reproducen la ideología que reduce la complejidad de los fenómenos históricos a aquellos denominados "naturales". Esta práctica es del todo engañosa y oculta la importancia de los aspectos políticos y sociales que inciden en la configuración y construcción diferenciada de los géneros. De esta forma, al referirse a la actividad relacionada con cada género la nombran como "natural" suponiendo que nacemos así (aludiendo a determinantes genéticos o de otro orden). Este tratamiento del tema lo encontramos en diversas áreas del saber, avalando de esta forma el camino para que se perpetúe dicha ideología.

Como consecuencia, su relación con el orden social al que pertenece y los issues políticos y de otro orden se hacen irrelevantes o se separan y se habla de "la conducta individual" o personal pertenecientes a la esfera privada, por un lado, y de la esfera pública que incluye las esferas productivas, de empleo, etc, por el otro. Sin embargo, dicha separación sólo puede ser concebida por su función de tratar de perpetuar un orden de cosas específico.

Así, al examinar el trabajo en psicoterapia con mujeres maltratadas partimos del supuesto de que los seres humanos, mujeres y hombres, no son necesaria ni estrictamente producto de su "naturaleza" sino que, por el contrario, son y se hacen socialmente.

Como señalamos al comienzo los exponentes del constructivismo social (Gergen 1985, Gergen y Davis 1985, y Bergen y Luckmann 1979) rechazan el orden natural de las cosas y afirman que las personas entienden y explican el mundo en el que viven en un proceso histórico y socialmente compartido.

Estos supuestos sirven de base para hablar de la construcción social diferenciada de los géneros. Weedon (1987) cita a Foucault cuando éste sostenía que el significado del género es socialmente producido y variable entre diferentes formas y discursos.

Por otro lado, de Lauretis (1987) habla del género como la representación de una relación, es decir, el género construye una relación entre una entidad y otra, las cuales son previamente constituidas como clase; dicha relación es una de pertenencia. La autora postula que aunque uno tiene un sexo por "naturaleza" no es hasta que se constituye en niño o niña (que se significa como tal) que adquiere

el género. Este es un sujeto constituido en género, no pensado en diferencias sexuales únicamente sino también a través del lenguaje y de las representaciones culturales.

Hablamos entonces de un sujeto, en este caso mujeres, en-generado en la experiencia de una clase y de una raza, un sujeto que no está o es unificado, sino que es múltiple y no es tanto dividido sino que está en contradicción (de Lauretis 1987).

Suponemos que estas formas particulares y específicas de aprehender cada género guardan algún tipo de relación con las ideologías prevalecientes en una sociedad en un momento histórico específico. De forma tal que cuando cada persona asume su género, con todas las diferencias que esto puede comportar, estos tienen un denominador común: el alejarse o acercarse (reproducir) a las ideologías que con respecto a cada género se promulgan y promueven desde las diversas esferas de poder. Por lo tanto al en-generarnos (como lo llama de Lauretis) no hacemos otra cosa que asumir unas posturas ideológicas-políticas específicas.

Al destacar la importancia de estos postulados teóricos no se hace esperar la necesidad de reconocer las diferentes formas en que cada mujer re-presenta su género, aun dentro de un mismo contexto social.

Como sostiene de Lauretis (1987), la teoría de la sexualidad es una tecnología. El género se presenta como una representación y auto representación. Aparece como el producto de varias tecnologías tales como cinema, el discurso institucionalizado y las prácticas críticas. Al referirse a las prácticas críticas no sólo se refiere a la crítica académica sino a las prácticas sociales y culturales más amplias. Sostiene que una teoría feminista del género señala hacia la concepción de un sujeto como múltiple, en vez de dividido o unificado. La autora sostiene que la noción de género como una diferencia sexual con todos sus derivados: cultura de la mujer, literatura femenina, feminidad, etc., se han convertido en una limitación. Con el énfasis en lo sexual ("diferencia sexual"), se establece en última instancia una diferencia entre hombre y mujer. Como consecuencia, limita el pensamiento crítico feminista al marco conceptual de una oposición entre sexos con un carácter universal (la mujer como diferente del hombre, ambos universalizados). Esto hace prácticamente imposible articular la diferencia de una mujer a otra, es decir, la diferencia entre mujeres, y más específicamente la diferencia dentro de la mujer.

Observamos cómo tanto la heterogeneidad como la diversidad, la búsqueda de nuevas formas de conocimiento, siempre inacabadas, se van filtrando y atravesando los espacios que antes ocupaban (y todavía ocupan) las posiciones teóricas que aspiraban a una verdad única que sirviera para explicar la complejidad que subyace la subjetividad humana. El discurso feminista, como hemos señalado, no ha estado exento de esta postura.

Suscribimos un cuestionamiento del conocimiento que se levanta sobre una

base monádica. Como sostiene de Certeau (1986:218), "el tiempo se convierte justamente en la imposibilidad de asumir una identidad fijada por un lugar".

Hawkesworth (1989), nos ilustra lo antes señalado al sostener que las objeciones de las mujeres negras y de las mujeres del llamado Tercer Mundo sobre las prioridades políticas de las mujeres blancas del occidente han generado gran escepticismo sobre la habilidad de cualquier grupo de mujeres para "saber" qué es de beneficio para todas las mujeres. La categoría de la mujer aparece como ocultando la multiplicidad de expresiones y de subjetividades de las mujeres.

Es por esto que es preciso destacar la precariedad y la dificultad que encierra la utilización de términos y conceptos tales como "La mujer maltratada", o "Síndrome de la mujer maltratada". Si concurrimos en los planteamientos previos, es preciso reconocer la imposibilidad de homogeneizar y encapsular en una categoría las situaciones de maltrato de las mujeres. Dicho planteamiento reduce las diversas complejidades que se producen al interior de cada relación, y como consecuencia, implica que hay o puede haber un perfil de la mujer maltratada.

Se alude además a un "tratamiento", terapia o procedimiento de ayuda que resulte hasta cierto punto uniforme. Éste, en alguna medida, se produce y se engendra bajo unos supuestos de unidad u homogeneidad entre las mujeres. Se ocultan así las pluralidades y divergencias a las que nos hemos venido refiriendo.

De ahí deviene la necesidad de tomar en consideración las diferencias de clase, de edad, de raza, de formación académica, en fin, las diferencias al representarse como mujer. A la vez, debemos considerar las contradicciones que puede tener una mujer consigo misma, es decir, las luchas a las cuales se enfrenta cotidianamente.

Es preciso aclarar que, como señala Hawkesworth (1989), la idea de que la "verdad" sea abandonada porque es hegemónica puede traer complicaciones en el análisis de la situación de las mujeres; argumenta que este es el caso de la violación, el maltrato y la violencia doméstica, que "no admite un juego libre de significación (Hawkesworth 1989:555). La autora insiste en que, a pesar de que es difícil, hay cosas que se pueden saber. Nos parece que este punto es relevante para el debate.

Coincidimos con esta aclaración, ya que de lo contrario podríamos estar haciéndole un flaco servicio al análisis de la situación de las mujeres maltratadas o de los sectores llamados "marginales". Sin embargo, descartamos y emplazamos, como hemos sostenido, la producción y aplicación de aquellas categorías cuyo eje se sitúa en la "uniformidad" u homogeneidad ("síndromes") mediante las cuales se legitima un conocimiento aparente sobre la situación de las mujeres. Insistimos en que debemos hablar **sobre** y no **por** las mujeres. Esta suerte de recetario reduce la multiplicidad de instancias que abarcan situaciones de tanta complejidad.

No podemos hablar ya de la predicción, de la universalización. No hablamos de una **verdad** sino de **verdades** que sólo existirán (o por lo menos podrán ser

comprendidas) en los momentos de su constitución.

De esta forma el proceso psicoterapéutico se conceptualiza como uno abierto, que permite y promueve el discurso de cada mujer a partir de su propia subjetividad. Es un proceso donde se reconoce el discurso de la otra como válido, donde su palabra cobra sentido. Es así cómo, a través del trabajo psicoterapéutico con mujeres maltratadas, se puede rearticular la posición con respecto a lo que verdaderamente ocurre al interior de cada escenario de maltrato. Nociones tales como la de "víctima" parecen contener elementos que colocan a la mujer en una relación pasiva, donde las estrategias de defensa y sobrevivencia no existen. Éstas (las estrategias de defensa) tienden a ser reconocidas sólo al momento de la ruptura con su pareja. Sin embargo existe una gama muy grande de estrategias de sobrevivencia y autodefensa de las mujeres al interior de cada relación.³ Éstas incluyen desde el protegerse las partes más vulnerables de su cuerpo al ser golpeadas por su pareja hasta desarrollar estrategias de sobrevivencia más sofisticadas con aquellas herramientas a su alcance desde cada situación específica.

El poder reconceptualizar estas situaciones dentro del proceso psicoterapéutico cobra gran importancia, ya que la mujer se ubica en una posición activa. Ésta se percata de que, en efecto, aun dentro de una relación maltratante, tiene herramientas (y las usa) que le permiten sobrevivir.

Aplicando algunos de los postulados de Lauretis (1987:18) a nuestro análisis nos podemos referir en muchos casos a las "prácticas micropolíticas de la vida diaria y a la resistencia diaria a los recursos del poder". Esta conceptualización no se hace al interior de muchas corrientes teóricas que nombran a estas mujeres de variadas formas, incluso de masoquistas.

Tampoco los discursos oficiales reconocen estas prácticas de sobrevivencia en las mujeres. Sin embargo, estas herramientas permiten y ayudan a que las mujeres reconozcan sus fortalezas y su capacidad de manejar situaciones de peligro, abonando al fortalecimiento de la seguridad en sí misma, lo que puede servir de base para la toma de decisiones de gran envergadura.

De esta forma, y a partir de la experiencia de cada mujer, se puede retomar y rearticular lo que hasta la fecha socialmente no se reconoce o se nombra como pasividad, masoquismo o cualquier otro esquema cosificante. Son muchas las estrategias de defensa y autoafirmación que utilizan las mujeres maltratadas en sus relaciones. Como señalamos, estas son negadas o no son nombradas como tales desde los discursos predominantes. Como consecuencia, la mujer se concibe como incapaz de romper una relación maltratante.⁴

³ Recordemos los planteamientos propuestos por Foucault sobre la cantidad y multiplicidad de focos de resistencia que se producen cotidianamente en las relaciones de poder.

⁴ Debemos aclarar que no hemos incluido aquí todas las estrategias sociales dirigidas a que la mujer acepte con resignación los "designios del destino"; éstas penetran todo el quehacer social e individual de hombres y mujeres, así como en las instituciones sociales que contribuyen a la reglamentación de la experiencia de cada ser humano.

Por otro lado, sabemos que muchas relaciones maltratantes se perpetúan debido a la noción específica que prevalece para referirse a la constitución de la subjetividad de las mujeres. Muchas corrientes teóricas apoyan y reproducen la noción de que la felicidad y la autorrealización de la mujer no puede materializarse si no es práctica y exclusivamente a través y en función a los demás, sobre todo el esposo, el compañero y/o los hijos. Esta ideología aleja la posibilidad de una ruptura por parte de la mujer.

Debemos entonces reflexionar sobre los trabajos con mujeres maltratadas al interior de un escenario psicoterapéutico. Se trata de evaluar en qué medida nuestros marcos teóricos, o los paradigmas de los cuales partimos corresponden a las necesidades que las mismas mujeres pueden formular. En qué medida nuestros esquemas previos (aun con las mejores intenciones) facilitan o entorpecen unos procesos de desujetación por parte de las mujeres.

Es entonces nuestra responsabilidad y compromiso convertir el espacio de psicoterapia en uno dirigido a la mujer, a cada una de ellas.⁵ Esta puede ser la primera vez que la mujer verbaliza su coraje y su deseo hacia sus hijos, esposos, amantes, en fin hacia los demás.

En este espacio se promueve el amor propio, se incita al discurso sobre sí misma, sobre sus necesidades, más allá de las cotidianas ligadas a la "familia". Este es, en un principio, desde nuestro punto de vista, un espacio exclusivo de la mujer. Aquí ella puede, desde el punto de vista afectivo y cognoscitivo, expresar su deseo y diferenciarlo del deseo del otro-Otro (el que la rodea y el entorno social).

A la vez se puede viabilizar el espacio para percatarse de que no están solas, de que hay otras mujeres en situaciones similares, (aunque considerando siempre las diferencias entre cada situación) lo cual supone la consideración de elementos de orden social al momento de examinar su situación. Se trata de poder, en alguna medida, contextualizar, a la luz de una inserción histórica específica, la realidad de cada mujer.

En síntesis, proponemos una ruptura con unas posiciones de poder que se garantizan al arrogarnos la Verdad. En este caso cualquier posición teórica, incluso la que proponemos, es precaria y sujeta a continua revisión y reconceptualización y su pertinencia corresponderá, en muchas instancias, al momento de su producción.

⁵ Para más información sobre terapia y trabajos orientados hacia y desde las mujeres recomendamos: Corinne Squire (1989) *Significant Differences: Feminism in Psychology*. London: Routledge; Erica Bruman (1990) (Ed.) *Feminist and Psychological Practice*. London: Sage Publications.

Bibliografía

- Berger P. & Luckmann T. (1979) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Burman E. (1990) *Feminist and Psychological Practice*. London: Sage Publishers.
- Cixous H. & Clement C. (1986) *The Newly Born Woman*. (Theory and History of Literature, 10) Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Collins, P. (1989) The Social Construction of Black Feminist Thought. In *Signs: Journal of Woman in Culture and Society*. 14 (4), 745-773.
- De Certeau M. (1986) *Heterologies: Discourse on the other*. (Theory and History of Literature, 17) Minneapolis: University of Minnesota Press.
- De Lauretis T. (1987) *Technology of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*. Indianapolis: Indiana University Press.
- _____. (Ed.) (1986) *Feminist Studies: Critical Studies*. Indiana: Indiana University Press.
- _____. (1984) *Alice Doesn't: Feminist Semiotic Cinema*. Indiana: Indiana University Press.
- Gallop J. (1988) *Thinking Through the Body*. New York: Columbia University Press.
- _____. (1982) *The Daughter's Seduction: Feminism and Psychoanalysis*. New York: Cornell University Press.
- Gergen K. (1985) The Social Construction Movement in Modern Psychology. *American Psychologist*. (40) 3: 266-273.
- _____. & Davis, K. (Eds.) (1985) *The Social Construction of the Person*. New York: Springer & Verlag Press.
- Foucault, M. (1987) *La arqueología del saber*. México: Editorial Siglo XXI.
- _____. (1986) *Las palabras y las cosas*. México: Editorial Siglo XXI.
- Fox Keller, E. (1986) Making Gender Visible in the Pursuit of Natural Science. En *Feminist Studies: Critical Studies*. De Lauretis, T. (Ed.) Indiana: Indiana University Press.
- _____. (1985) *Woman and Science*. New Haven: Yale University Press.
- Hawkesworth, M. (1989) Knowers Knowing and Known: Feminist Theory and the Claim of Truth. En *Signs: Journal of Woman and Culture* 14 (3) 534-557.
- Irigaray L. (1983) *This Sex which is not One*. New York: Cornell University Press.
- Jardine, A. (1985) *Gynesis: Configuration of Woman and Modernity*. New York: Cornell University Press.
- Marx, C. (1955) Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política. En *Obras Escogidas de Marx y Engels*. Moscú: Editorial Progreso.
- Sampson, E. (1989) The Deconstruction of Self. En *Texts of Identity*. London: SAGA Publications.
- Smith Rosemberg, C. (1986) Writing History: Language, Class and Gender. En *Feminist Studies: Critical Studies*. De Lauretis T. (Ed.) Indiana: Indiana University Press.

- Squire, C. (1989) *Significant Differences: Feminism in Psychology*. London: Routledge Press.
- Ussler, J. (1989) *The Psychology of the Female Body*. London: Routledge Press.
- Weedon C. (1987) *Feminist Practice and Post-Structuralist Theory*. New York: Basil Blackwell Press.
- Wetherell, M. & Potter, J. (1989) Narrative Characters and Accounting for Violence. En *Texts of Identity*. London: SAGE Publications.